

ha engañado: y no: se ha engañado?» Este pensamiento va desarrollándose a lo largo del proceso dramático, y el autor de la síntesis cuida de subrayarlo con sus observaciones y glosas. «La tercera escena, la del crimen, no la habréis vivido materialmente, pero ¿quién no ha asistido a la muerte de un amor? Para uno de los dos protagonistas, la escena es dolorosísima: no amaré ya más (don José); para el otro, ha empezado ya otro amor (Carmen). ¿Os habéis parado a pensar qué raro es ver por una misma senda dos almas felices unidas en un mismo amor? Van una a una, solitarias, huyendo de quien las persigue y persiguiendo a las que les huyen. Es el eterno cuento del amor...» Don José, el campesino vasco, que pide desde el fondo de su naturaleza «un amor más ligero, más alegre, si tanta pasión, un amor de matrimonio aldeano», no era el hombre para Carmen, mujer desconcertante, toda pasión y enigma. ¿Sabía Mérimée cómo era Carmen?».

Así concebida, la síntesis responde a un pensamiento unitario, y cada escena, referida al problema central, cobra todo su valor dramático, y la música y la letra colaboran otra vez, como debe ser en la ópera.

Claro está que de una misma obra cabe hacer varias síntesis, más o menos logradas, con un mismo criterio o con varios. Lo que Urquiola ha empezado a conseguir no es sino mínima parte de lo que puede lograrse. Y hay que ir por ello.

JOSÉ MIGUEL DE AZAOLA



LA TRADUCCION EN ENTREDICHO

LUIS PONCE DE LEÓN, en su «De consolacione philosophiae», de *El Español* ha hablado del libro de Ivan Goncharov *Oblomov* para hacer el elogio del publicado recientemente por Crespo Villaldo sobre la guerra de Rusia. El juicio de Ponce de León era inexacto e injusto, como acostumbran a ser los suyos las más de las veces. No es el elogio de la pura pereza lo que tan admirablemente hace Goncharov, sino el de la pureza de alma, de la sencillez, de la inocencia de un héroe. Lo llamo héroe porque todo protagonista de una obra lo es dentro de ella y por sentirme compenetrado con el concepto que Amiel tenía del heroísmo. El, que era otro ocioso que odiaba la pereza, llamaba heroísmo al triunfo del alma sobre la carne, la pobreza, el sufrimiento, la calumnia, el aislamiento, las enfermedades y la muerte. Precisamente las características del triunfo de *Oblomov*. Era ocioso porque no hacía nada. No era perezoso porque no dejó de hacer lo que hizo. Parece lo mismo pero a mi entender es lo opuesto.

Yo, que sentí una emoción profunda con la lectura de esta obra y que no concibo que nadie sea insensible a sus méritos, salgo en su defensa agradecido por las horas amables que me proporcionó. Es posible que la edición leída por Ponce de León sea distinta de la

que yo conozco, de Tatiana Enco de Valero, muy discreta, y no me extrañaría que la suya firmada por un Portanoff, Pujol, Mora, del Rincón, Pla, Quiroga o algún otro por el estilo, que entonces es posible que haya leído una parodia del Oblomov legítimo.

De un tal Alexis Marcoff, nombre que siempre me dió a «camelof» por la diferencia sensible observada entre sus diferentes traducciones, y que recientemente ha publicado obras suyas en castellano, poseo algunas traducciones, tan desgraciadas, que no vale la pena leerlas. Todo el encanto de los versos de Puchkin, la sutilísima ironía de Gogol, su humor fino, certero, desaparecen en las traducciones de Alexis Marcoff. La jugosidad de esta obra, su encanto, mueren en las manos de este traductor, pendiente solo de la letrá, ajeno a su espíritu.

Es lamentable que sea España uno de los pueblos donde las traducciones son más detestables. Quizá donde la literatura española y extranjera, que sale de nuestras prensas, sea de la mas baja calidad. No tenemos novelistas, pero ni aún ni el recurso de leer en buen castellano a los extraños. Los autores rusos son vertidos al español del francés o del alemán y rara vez de su idioma original, posiblemente a causa de esa incapacidad tradicional en nosotros para dominar las lenguas extranjeras. Poseo traducciones rusas firmadas por veintiocho individuos distintos. Claro que sólo las de Causino Assens, el traductor de Dostoiewsky, son correctas. Las demás son todas deficientes, pero las de Alexis Marcoff son algo peores.

La falta de escrúpulos de las editoras es verdaderamente extraordinario. Las obras de Ladislao Raymont, premio Nobel polaco, están editadas en España traducidas del italiano, y las publicadas por Espasa-Calpe, de Dickens, ¡traducidas del francés! Y cuando esto sucede con obras de lengua inglesa, no es de extrañar que no pueda leerse en castellano a los clásicos griegos y latinos. Recientemente la colección Austral ha publicado de Eurípides sus obras *Alcestes*, *Las Bacantes* y *El Cíclope*, traducidas por A. Tovar. Aparte lo arbitrario de la selección, (el *Alcestes* es la última obra de la tetralogía *Los Cretenses*, *Almeón en Profis y Telefo*, *Las Bacantes* forman parte de la trilogía *Ifigenia en Aulide* y *Almeón en Corinto*, por lo cual lo más acertado sería publicarlas en sus grupos), está lo francamente desastroso de su traducción.

Al Instituto Nacional del Libro corresponde fiscalizar la pulcritud y fidelidad de las traducciones, creando, si fuera preciso, un cuerpo oficial de traductores y dirigiendo la preparación literaria adecuada para realizar esta labor. Si queremos dar la batalla en España y fuera de ella al libro americano, ha de ser por la calidad de los nuestros, ya que en los precios es imposible competir. Y en ello va no sólo nuestro prestigio, sino la escasa influencia que aun ejerce España en las que fueron nuestras provincias de ultramar.

TEODORO GUERRERO

NOTAS DE LA PEQUEÑA CIUDAD

Se ha publicado «Nuestra Ciudad».

THORNTON WILDER nos ha hecho brotar un puñado de afiladas emociones en el corazón y tras la frente al escucharle referir, en plena intimidad, el alma sutil de las pequeñas ciudades. Un poco hacia el margen de nuestra inquietante civilización le hemos acompañado a las casas y las calles recogidas y simples, más cerca de la tierra y de la constante inquietud de los hombres para asistir a las escuelas, presenciar sus bodas, acompañarles a los húmedos cementerios, y meditar un instante otra vez de regreso a nuestras grandes ciudades. Es difícil, muy difícil, con una dificultad casi sublime, hablar, como ha hecho Thornton Wilder, de estos temas medio secretos en lugar donde pueda oírnos todo el que